

Primera semana de Pascua. Lunes: Mt 28, 8-15

Aleluya cantábamos ayer con alegría, porque Jesucristo ha resucitado. Había venido a la tierra para salvarnos, muriendo en la cruz; pero no podía terminar en fracaso, sino que resucitó, comenzó una nueva vida, que nos destina también a nosotros, si seguimos sus pasos. Esta verdad de la resurrección es tan importante que san Pedro, cuando recibió la luz y la fuerza del Espíritu Santo el día de Pentecostés, salió de la casa y fue lo primero que proclamó ante aquella muchedumbre que se había reunido al oír el fuerte viento y extraño sobre aquella casa. Esta es la 1ª lectura.

En el evangelio nos presenta hoy san Mateo dos escenas que sucedieron en la mañana de la Resurrección: la aparición de Jesús a las mujeres que tempranito habían ido al sepulcro para terminar de embalsamar el cuerpo de Jesús, y el asunto de los guardias que habían custodiado el sepulcro.

La resurrección de Jesús es un hecho sobrenatural, que entra en el terreno de la fe. Pero esta fe se sustenta en los encuentros que Jesús tuvo con sus amigos. Es lo que llamamos las apariciones. Jesús se presenta ante ellos como era, con su propia voz, presentando a los apóstoles sus propias llagas, en las manos y en los pies, y también en el costado. Es verdad que en algunas apariciones –ya iremos viendo otros días– no le reconocen al principio. Era Él, pero no de la misma manera. Y, como está glorificado, cada uno le ve y le siente más y más pronto según sea el amor de cada uno.

A todos les coge de sorpresa. Y esto es un fundamento para nuestra fe. Nadie le espera. Solamente no conocemos el encuentro de Jesús con su madre, que sería la única que sí le esperaría. Los apóstoles no se atreven ni a salir de casa, pues están llenos de miedo; pero Jesús les transforma el alma, les cambia la tristeza en alegría, el temor en una gran paz. Jesús se presenta con sencillez y amor. No busca el triunfo y menos la revancha sobre sus enemigos. Por eso no se presenta ante ellos.

Hoy nos presenta el evangelio la aparición a las mujeres que habían ido en la madrugada al sepulcro. Ellas sentían un gran amor por Jesús y querían embalsamar de nuevo el cadáver. El ángel les había dicho que Jesús había resucitado, que fuesen a decírselo a los apóstoles. Ellas volvían desorientadas. Diríamos que no sabían si llorar o reír. El evangelio nos dice que iban llenas de temor y de gozo a la vez, cuando de pronto se presenta Jesús ante ellas. Siempre Jesús, tan solícito con todos, comienza a corresponder a los gestos de amor. Jesús las hace apóstoles de los apóstoles, pues les encarga de dar la buena nueva de la resurrección a los mismos apóstoles.

La escena de los guardias tiene un poco de ironía y hasta de grotesco. Ellos habían sido testigos de algo insólito: Una especie de terremoto que sacude sólo el espacio de aquel sepulcro, cuya puerta de piedra se abre sola. El evangelio nos dice que fue movida por un ángel. Los guardias “se mueren de miedo” al ver sobre todo que no está el difunto y corren a contárselo a los príncipes de los sacerdotes, que

eran quienes les habían mandado. Estos son más fríos y calculadores, a su manera para hacer el mal. Les dieron dinero a los guardias para que convencieran a la gente de que “mientras ellos estaban dormidos, habían venido los discípulos de Jesús y habían robado su cuerpo”. Lo extraño fue que convencieron a bastante gente y durante mucho tiempo.

Así que unos guardias que no cumplían con su deber, pues estaban dormidos, son capaces de ver mientras duermen. Así son muchas veces los argumentos de los enemigos de Jesús y de la Iglesia. Hace falta razonar y veremos cómo nuestra fe siempre va en unión con la razón; porque Jesús es el camino, pero también la verdad.

Nosotros escuchemos a san Pedro, que, como recuerda la 1ª lectura, les decía a los judíos: “Jesús nazareno, el que matasteis en una cruz, Dios lo ha resucitado”. Y esta nuestra fe debe llenar nuestra alma de la alegría santa de Jesús y María, alegría que es un fruto de poseer el Espíritu Santo.

1ª semana de Pascua. Martes: Jn 20, 11-18

Hoy nos trae el evangelio el encuentro de Jesús resucitado con María Magdalena. Había ido ésta muy de mañana al sepulcro con otras mujeres; pero al ver la piedra corrida fue a avisar a los apóstoles. Pedro y el otro discípulo amado fueron corriendo. Vieron todo como estaba, pero no a Jesús. La Magdalena, que había vuelto, siguió mirando una y otra vez. Ve a dos ángeles que le preguntan: “Mujer, ¿Por qué lloras?” Ella parece no fijarse en los ángeles sino sólo en el lugar donde había estado el cadáver de Jesús, que ahora no está. Por eso la única respuesta es para mostrar su desazón porque no encuentra a su Señor. No está pensando encontrarlo vivo; pero al menos con su cadáver podría expresar su cariño y respeto. Ella le había acompañado hasta la cruz. Por eso su dolor era profundo, pero también su desilusión. Ahora la tristeza y desorientación son más grandes porque no encuentra ni el cadáver. Parece que los evangelios tienen un interés grande en mostrar que los discípulos estaban muy lejos de querer robar el cuerpo de Jesús para simular un fraude sobre la Resurrección.

María Magdalena, que hubiera reconocido a Jesús muerto, ahora no le va a conocer vivo. Siente que hay alguien allí, que le pregunta: ¿Por qué lloras? Pero cree que es el hortelano. Aquellas lágrimas y su respuesta manifiestan tanto amor a Jesús muerto que está dispuesta a hacerse cargo del cadáver. Pero Jesús está vivo con todo su amor. Basta una palabra diciendo su nombre, pero con tono especial, para que la Magdalena sepa con toda certeza que es Jesús, el Maestro. Es la gracia de Dios que ilumina la fe.

A nosotros también nos llama Jesús por nuestro nombre. Es una llamada singular que nos hace muchas veces y alguna de una manera especial. Es la llamada del Maestro, del amigo, que está muy cerca de nosotros, camina con nosotros. No somos capaces de ver y sentir a Jesús, porque no somos

personas convertidas. Para ello nos falta mucho: No mirar tanto a lo material, como es el dinero, la ambición y el egoísmo; y fijarnos mucho más en la caridad y en dar alegría.

Quizá nos extraña que María Magdalena no conociera a Jesús así de pronto. Lo mismo les pasó a algunos discípulos, como los de Emaús y otros. Jesús era y es el mismo, pero vive en otra existencia, la de Dios. Para sentirle hace falta fe. Para que sea profunda, debemos saber que está con nosotros, vive a nuestro lado, dentro de nosotros por la gracia. Está de una manera especial en la Eucaristía. Lo mismo que se iba manifestando a sus discípulos, según iba creciendo la fe, así también se va manifestando en nosotros, según aumenta la fe. Una fe que va unida con el amor y con un profundo cambio en nuestro modo de vivir. Lo cierto es que todos los que le encuentran, quedan llenos de alegría y sienten que su vida cambia por completo. Hay circunstancias que nos impiden verle y oírle: el dolor, el fracaso, la decepción, el desconsuelo. Pero en todo ello podemos también encontrar a Jesús.

María Magdalena quiere tocar, abrazar al Maestro en la forma humana. Es como querer asegurarse de la realidad. Jesús le dice: “No me toques”, suéltame. Puede significar que la verdad del Resucitado no puede comprobarse como las realidades terrenas, sino por la fe o en “espíritu”. Tampoco puede retenerse aquí por posesión a la manera humana actual, sino que la posesión será un día cuando estemos con el Padre. Por eso le dice que va al “Padre suyo y nuestro”. Con ello somos incorporados a la vida del Padre todos como hermanos, si sabemos llevar la vida de resucitados.

Y Jesús le da una misión especial a la Magdalena. La nombra apóstol de los apóstoles con la misión de anunciarles esta Buena Nueva de la Resurrección. También nosotros debemos comunicar esta Buena Nueva; pero nuestro anuncio sólo podrá ser convincente, si brota de la experiencia de nuestro encuentro con el Señor. En esta semana de la Resurrección activemos más el amor a Jesús, que siendo Dios, murió por nosotros; pero resucitó para darnos la esperanza de una eterna gloria.

1ª semana de Pascua. Miércoles: Lc 24, 13-35

En estos días de Resurrección la Iglesia nos presenta diversas apariciones de Jesús a los apóstoles o a personas queridas que sucedieron principalmente en el mismo día de la Resurrección. Hoy se nos expone la aparición a dos discípulos que iban aquella tarde del domingo a su aldea de Emaús. Lo describe san Lucas, que es el evangelista que mejor escribe literariamente. Esta es una de las páginas más hermosas. Cuenta cómo dos discípulos, no apóstoles, se van ese día de Jerusalén camino de su aldea, que era Emaús. Iban tristes, muy desesperanzados. Habían puesto toda la ilusión en Jesús y ahora veían que todo se había terminado. Amaban a Jesús; pero su amor y su esperanza eran demasiado materialistas. Habían puesto su esperanza en un mesianismo solo material. Por eso dice el evangelista que sus ojos estaban cerrados cuando se acerca Jesús y se pone a caminar junto a ellos. Jesús ve el amor y quiere

corregirles sus ideas falsas sobre el Mesías. Podemos decir que juega un poco con ellos, va apareciéndose poco a poco. Primero es un caminante algo entrometido, luego se hace un caminante interesante, porque comienza a explicarles las Escrituras. Jesús nunca nos abandona, si por lo menos tenemos amor. A los dos discípulos les agrada hablar sobre Jesús con aquel caminante.

Y nos preguntamos: ¿Por qué no reconocían a Jesús, si tan bien le conocían en su aspecto y en su voz? Jesús era el mismo, pero no de la misma manera. Su cuerpo en el cielo es glorioso y se acomoda, en su presentación, al grado de fe del vidente. En cierto sentido podemos decir lo que decía el cardenal Ratzinger respecto a las apariciones de Fátima, que más que apariciones físicas, son visiones internas, que pueden ser muy reales. Pero en todo esto, según lo que Dios intenta buscar, habrá una gama muy diversa de percepción. En las apariciones Jesús se presentaba de repente sin pasar paredes, cosa que no puede hacer un cuerpo físico. Había un contacto muy real, de modo que los apóstoles podían ser testigos de la realidad más grande de nuestra religión: el triunfo de Jesús por medio de su resurrección.

A muchos de nosotros nos puede pasar como a aquellos dos. A veces perdemos la esperanza o por un fracaso o por una muerte cruel o por un gran problema de la vida. Y no reconocemos a Jesús que está junto a nosotros. El nos sale al encuentro en un amigo o en los acontecimientos normales de la vida y sobre todo en la palabra de Dios y en los sacramentos. Aquellos dos dejaron la comunidad cuando ya sabían que las mujeres habían visto unos ángeles que les habían dicho que Jesús había resucitado. No tuvieron paciencia para esperar. Dice san Ignacio que en momentos de desolación no hagamos cambios en nuestra vida, sino que nos pongamos en las manos de Dios.

Jesús ve sobre todo el amor que no se ha perdido en aquellos dos, y les quiere dar una gran lección, que ya había dicho varias veces en su vida: Que el Mesías debía padecer para conseguir luego la gloria y así cumplir con su misión. Les va enseñando a interpretar las Escrituras. Ellos, estimulados por la explicación que Jesús les había dado sobre la Escritura, quieren tenerle cerca y le invitan a que se quede para cenar. Jesús se hace plenamente reconocible en “el partir el pan”. La Iglesia siempre ha visto aquí como un esquema o símbolo de la Eucaristía. Primero asisten a la explicación de la Palabra de Dios y luego a compartir el pan con el mismo Jesús. El Maestro con paciencia les devuelve la fe y la esperanza, y ellos recuperan la alegría en el amor.

Y como en otras ocasiones, cuando uno ha tenido un encuentro real y gozoso con Jesús, quieren manifestarlo a otros. Por eso “en el mismo instante” retornaron a Jerusalén. Irían corriendo. Ciertamente que emplearon menos tiempo que al ir hacia Emaús. También nosotros, que tenemos fe en Jesucristo, aumentemos nuestro amor hacia El, que es igualmente el amor hacia el prójimo, para que le sintamos en nuestra vida y podamos proclamar su presencia gozosa entre nosotros.

Primera semana de Pascua. Jueves: Lc 24, 35-48

San Lucas, que es el evangelista que escribe mejor literariamente, ayer nos contaba muy hermosamente el suceso de la aparición de Jesús a los dos discípulos que van camino de Emaús. Da el nombre de uno de ellos, Cleofás. Dicen algunos que el otro podría ser el mismo Lucas. El caso es que después que Jesús "partió el pan" y le reconocieron, volvieron corriendo a Jerusalén. Seguro que tardaron mucho menos tiempo y que ya no les importaban demasiado los enemigos de Jesús. Los apóstoles seguían asustados con las puertas cerradas. También un poco consolados, pues san Pedro les había dicho que Jesús había resucitado, pues se había aparecido a él. También las mujeres les habían dicho lo mismo, pero no les habían creído pensando que serían alucinaciones. Los dos de Emaús tendrían que gritar, pues de ninguna manera les esperaban a esa hora. Y comienzan a contar todo lo sucedido.

Estaban aún contando, cuando se presenta Jesús en medio. He dicho otras veces que el cuerpo de Jesús era el mismo, pero no de la misma manera. Ahora está glorificado y no está sujeto a las deficiencias de un cuerpo mortal. Por ejemplo, no necesita comer. Sin embargo allí delante de ellos, ya que tardan en creer que sea él, se pone a comer lo que tenían, que era un pedazo de pescado asado. Podemos decir que eran las sobras de la cena. Esto lo hizo Jesús porque era muy importante que, quienes iban a ser los testigos de la Resurrección por el mundo, estuvieran bien persuadidos de que era verdad. Esto, además de tener después la ayuda del Espíritu Santo.

Lo primero que hace Jesús, al llegar, es desearles la paz. En realidad era el saludo normal entre los hebreos; pero que en ese momento tiene un relieve especial por la presencia del Señor. Jesús les desea y nos desea siempre, pero mucho más en este tiempo de Pascua, el gozo y la paz espiritual, que nos lleva a una sana alegría interior. Es verdad que en esta vida hay muchas cosas que intentan quitarnos la alegría, aflicciones particulares y sociales; pero en el fondo de nuestra alma debe estar la certeza de la presencia de Dios y la esperanza de resucitar con Cristo.

Jesús les consuela a los apóstoles, queriendo quitarles las amarguras, mostrándoles las manos y los pies, que habían sido clavados en la cruz. Aun así les costaba creer. En verdad que habían pasado por acontecimientos muy dramáticos: la Última Cena, todo lo de Getsemaní con el arresto, la traición de uno de ellos, Judas ahorcado, todo el drama del juicio a Jesús, terminando por morir en la cruz. Eran demasiadas cosas para no sentir las de repente. Por eso la Resurrección les parecía algo demasiado hermoso. San Lucas, que es el evangelista de la misericordia, les quiere defender un poco y dice una frase, que es curiosa y cariñosa: "No acababan de creer a causa de la alegría". Porque veía Jesús que no era por maldad, sino que le seguían teniendo un cariño grande, se puso a comer, dando así el testimonio de vida.

La idea predominante de Jesús en sus apariciones era convencer de que “era necesario que padeciese y luego resucitase” para poder cumplir su misión. Y como no es fácil entenderlo, sobre todo para quienes habían oído desde pequeños sobre el mesías triunfal en lo material, Jesús les abrió la inteligencia para comprenderlo. Un día recibirían al Espíritu Santo para terminar de comprender esta y otras verdades y poder ser los testigos en todo el mundo del gran misterio vivificante en nuestra religión, que es la resurrección de Jesucristo. Nosotros también necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. Y por eso debemos pedir continuamente su protección para comprender y sentir la presencia viva de Jesús en la Eucaristía y en nuestros hermanos. Viviendo la verdad de la resurrección, podremos superar con esperanza y amor las diferentes dificultades y sufrimientos que nos puedan venir en esta vida material. Porque, si Cristo resucitó, como nos enseña nuestra fe, también nosotros podremos un día resucitar para vivir eternamente con Él, con su madre María y todos los resucitados.

1ª semana de Pascua. Viernes: Jn 21, 1-14

Hoy en el evangelio se nos expone otra aparición de Jesús resucitado a un grupo de apóstoles. San Juan dirá al final que es “la tercera vez que Jesús resucitado se aparece a sus discípulos”. Fue la tercera vez a un grupo grande con un mensaje especial para toda la comunidad eclesial. También podemos decir que la “tercera” para los hebreos tiene como un sentido de mayor importancia. En esta aparición Jesús instituiría definitivamente a san Pedro como el responsable de la naciente Iglesia. Pero hoy sólo se lee la primera parte de esta aparición.

En la primera lectura se nos expone, del capítulo 4 de los Hechos de los Apóstoles, cómo éstos predicaban con valentía la resurrección de Jesucristo, y cómo especialmente san Pedro, sintiéndose más responsable y “lleno del Espíritu Santo” hablaba a los responsables religiosos de los judíos. No podía desaprovechar esa oportunidad, cumpliendo el encargo de Jesucristo.

En el evangelio de hoy encontramos a un grupo de apóstoles en Galilea. Jesús les había dicho que fueran a su región. Quizá fuese porque, al haber comenzado desde Galilea su predicación, también era propio que desde allí fuesen enviados los apóstoles. Quizá fuese simplemente porque, al tener que esperar esos días de tranquila preparación, Jesús quería que trabajasen un poco, para ganar el sustento, en lo que sabían, ya que varios eran pescadores.

Aquí aparecen los apóstoles como hombres normales, que no pudieron inventar lo de la resurrección, sino que se entregan a su trabajo hasta que Jesús les ordene ir a predicar por el mundo. El hecho es que san Pedro, que se siente un poco más como cabecilla, les invita a pescar. Y van con él.

Se ponen a pescar, como bien saben, por la noche; pero tienen un fracaso: no cogen nada. A veces en nuestra vida no comprendemos el por qué de algunos fracasos, sean materiales o espirituales. Hasta creemos que Dios nos ha abandonado. Dios siempre sigue siendo Amor y está a nuestro lado, aunque sea difícil distinguirlo. Así les pasó a los apóstoles.

Apareció Jesús en la orilla. Les habló, pero no le reconocieron al principio. Sin embargo siguieron sus instrucciones. Y tuvieron su recompensa. Quien primero le reconoció fue quien tenía más amor, al sentir que había una pesca milagrosa. Quien primero actuó para ir al encuentro con Jesús fue el impetuoso Pedro que se echó al agua para llegar antes.

Cuando hay amor, hay paz y alegría, porque Jesucristo nunca nos abandona, sino que está a nuestro lado para darnos una mayor recompensa. Ya sabemos que será sobre todo en la otra vida; pero muchísimas veces lo apreciamos aquí, como lo aprecian tantas personas santas que, a pesar de dejar todo por Cristo, sienten en su alma una alegría mayor que los apegados a lo terreno.

Jesús tiene otro gesto de amistad y de perdón. Les tiene preparado el desayuno, que se complementará con lo que han pescado. El hecho de que le hubieran abandonado a Jesús en su pasión estaba ya perdonado con amplitud por la buena disposición que muestran ahora.

A nosotros constantemente nos da Jesús regalos preparatorios para el gran regalo de la eternidad. Nos tiene preparada una comida más especial que la que recibieron ese día los apóstoles. Cuando asistimos a la Misa, celebramos la muerte, en cuanto salvación nuestra, y la resurrección de Jesús, como triunfo que preanuncia el nuestro. Comamos ese Pan sagrado con mucho cariño y sepamos proclamar, como san Pedro, que Cristo ha resucitado con nuestra propia vida de resucitados.

Aunque a veces sintamos que Jesús no está a nuestro lado, hagamos un acto de fe y de amor. Es creer firmemente que Cristo resucitó y sigue vivo con nosotros.